



LIT. E. DE ARTES, MORELIA.

LIC. EDUARDO RUIZ.
Procurador Gral. de la Nación.
Orador Oficial.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ORADOR OFICIAL SEÑOR LICENCIADO

EDUARDO RUIZ

EN LA SOLEMNIDAD DEL 21 DE OCTUBRE DE 1893

EN URUAPAN.

SEÑORES:

No vais á escuchar al orador que debiera con las galas del estilo verter en vuestro corazón los grandes pensamientos de una creadora inteligencia. Yo no soy mas que el viejo cronista que está aquí para comunicaros los sucesos que en parte como testigo le tocó presenciar, y en parte le cupo en suerte recoger de los labios, vírgenes todavía, de la tradición. El Gobernador del Estado dignóse conferirme la honra de que en estos solemnes instantes lleve yo la voz del Gobierno de Michoacán para narrar glorias de héroes y referir un horrible martirio.

Hablo á un pueblo que siempre se ha distinguido en la historia del país por la nobleza de sus senti

mientos; á vosotros que en los períodos de paz derramais el sudor de vuestra frente para fecundar este suelo privilegiado y que en las épocas de guerra habeis vertido vuestra sangre para fertilizar el campo del progreso; á esta Uruápan, que en las luchas de la insurrección enviaba sus niños de quince años para servir como artilleros en las tropas independientes; que en la revolución de Ayutla desenterró cañones y con ellos mandaba sus soldados á engrosar las fuerzas de Huerta y de Pueblita; que en la guerra de tres años erigió maestranzas y construía parque para los soldados de la Reforma; que en la campaña contra la intervención francesa veía á sus hijos combatiendo contra las huestes extranjeras, y que en la infame asonada que se llamó de *los cristeros*, no permitió que se profanaran sus hogares, ni que se incendiasen sus casas, ni que fueran violadas sus vírgenes; á vosotros, pues, hijos de Uruápan, se dirige mi voz, seguro de hallar eco en vuestra alma y de interpretar vuestros sentimientos.

A vosotros también, Señores, que venidos de distintos lugares honrais con vuestra presencia este acto que podemos llamar una reunión de familia para llorar sus muertos, pero que es igualmente un homenaje tributado por la nación entera.

Un mundo de recuerdos acude tumultuosamente á mi memoria. Perdonadme si ocupo largo tiempo vuestra atención: así lo exige el desarrollo de la tragedia que se cumplió hoy hace veintiocho años.

El partido liberal en una lucha pronta había implantado en la República los principios de la Reforma que muchas viejas naciones sólo pudieron realizar en parte, tras largos y cruentos sacrificios. Ante victoria tan espléndida, la clerecía no tuvo más recurso que volver á sus antiguas ideas de establecer en México una monarquía extranjera. La mendigó de rodillas ante el pedestal del trono de Napoleón III. El hombre que tiranizó al pueblo francés, asesinandolo en las calles de París, el que sobre los cadáveres de

los demócratas romanos restableció el solio de Pio IX y el que entregó más tarde á su propio país á las humillaciones de la Germania, sacó de los escombros del pasado el dosel bajo que se sentó Iturbide, para colocar allí á un aventurero soñador y ambicioso.

Entonces nuestros caminos fueron hollados por los pies del invasor; nuestras ciudades cayeron, una en pos de otra, en poder de los extranjeros, y nuestros grandes ejércitos fueron batidos; los templos se abrían de par en par á fin de que la multitud fuera á escuchar los hossanas que el clero entonaba á los vencedores; por todas partes se alzaron cadalsos en donde se sacrificaba á los patriotas, y en los palacios de México se arrió la bandera nacional para que flotase en el asta el lienzo obscuro y fatídico de la traición.

¡Cuán pocos de los actores y testigos de aquellas grandiosas y terribles escenas viven todavía! Los años huyeron en tropel á perderse en el insondable espacio. La historia recogió á grandes rasgos los hechos culminantes, y la tradición, como una antorcha moribunda, va perdiendo la luz que alumbraba los detalles.

Mas la generación presente no ha sido ingrata con los hombres que lucharon hasta morir por darnos libertad y defender nuestra independencia. Aun por ventura sobrevive uno de los más grandes caudillos de aquella época, y rige hoy los destinos de la patria, y al frente de los del Estado vemos á un ciudadano lleno de méritos desde entonces, realizando ambos lo que la gratitud nacional había decretado ha cerca de veinte años, como noble y cumplido homenaje á las más ilustres víctimas sacrificadas en aquella espantosa guerra. En efecto, el Presidente de la República General Porfirio Díaz, secundado eficazmente por el Gobernador de Michoacán Aristeo Mercado, dispuso erigir el monumento que ahora inauguramos, pagando una deuda de gratitud á los generales Arteaga y Salazar, á los coroneles Díaz y Villagómez y al capitán Juan González, que sella-

ron con su sangre la limpia vida de patriotismo que los distinguió en su rápido paso por el mundo.

¡Cuántos hechos heroicos en su carrera militar! ¡cuán grandes virtudes en su conducta civil y privada! Difuso sería seguir una á una las etapas de su gloriosa existencia; pero tomaremos desde el principio del fatigoso año de 1865 el hilo de los acontecimientos que se relacionan con el aniversario de hoy.

En aquella época las armas francesas habían logrado una paz aparente en la extensión del territorio nacional. Sólo en Michoacán, puede asegurarse que no hubo un solo día, en el curso de la campaña, en que no tuviese lugar algún hecho de armas, siquier insignificante. En aquel terrible año, el Ejército del Centro luchó incesantemente. En Febrero obtuvo Salazar una brillante victoria en Los Reyes, derrotando á franceses y traidores y haciendo prisioneros á sus jefes. En Marzo y Abril el General Régules hizo una marcha triunfal por el corazón del Estado, venció en campo raso á De Potier, tomó por asalto varias plazas, y cayendo sobre los belgas en Tacámbaro, se apoderó á viva fuerza de la ciudad, quedando en su poder más de trescientos prisioneros. En Junio, á las órdenes de Arteaga, atacó esta ciudad, que tomó en lucha sangrienta de dos días, en la que los jefes, oficiales y soldados de la guarnición que no fueron muertos en el combate marcharon prisioneros de nuestra tropa.

Hasta aquí la fortuna había estado de parte del Ejército del Centro. Entonces comenzaron los desastres. En aquel mismo mes una columna de franceses cayó sobre Pueblita y su pequeña escolta, que se hallaban alojados en aquella casa que allí veis (1); los zuavos rodearon la manzana y aquel intrépido patriota, que había servido á su país desde la guerra contra los americanos, fué cobardemente asesinado: los vencedores del mundo arrastraron el cadáver de nuestro General, le destrozaron la cabeza en el em-

(1) El orador señala la casa núm. 1 del portal "Gordiano Guzmán."

pedrado de las calles y lo arrojaron luego y lo abandonaron en el extremo de ese portal (1). En Julio, el general Arteaga vió deshecho su ejército en las lomas de Tacámbaro: él mismo, al emprender la retirada por un desfiladero, cayó en hondo abismo, y sangre abundantísima brotó de las antiguas heridas que recibió de los franceses en las Cumbres de Aculzingo. Se le creyó muerto, y la fatal noticia cundió por todas partes.

Los imperialistas no pusieron ya en duda haberse consolidado para siempre el trono de Maximiliano, y este mismo príncipe, en la loca alegría de sus ilusiones, sintió que se despertaba en su corazón el orgullo del poder, y, en vez de que la victoria ó el frío cálculo le inspirasen arranques de generosidad, dió caída en su alma á un negro y horrible pensamiento. En aquel hombre pueril y rencoroso comenzó á germinar entonces la funesta ley de tres de Octubre.

¡Cuál no sería el estupor de los partidarios del Imperio, cuando llegó á sus oídos la noticia de que el Ejército del Centro había renacido de sus propias cenizas! Desde el día primero de Octubre del mismo año, comenzaron á reunirse en esta ciudad considerables fuerzas, al mando del general Arteaga, salvado de la muerte. Aquí se presentó Riva Palacio, á la cabeza de los valientes hijos de Zitácuaro; Zepeda, con los patriotas de Jalisco; Domenzain, con los infatigables guerrilleros de Guanajuato; el abnegado coronel José Hernández con la guardia nacional de Toluca; Jesús Díaz, con sus antiguos soldados de Paracho; Villagómez, apuesto é inteligente joven, salido de las aulas del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, trayendo á sus órdenes el más disciplinado regimiento de caballería; Villada, modelo de coroneles, con su bien equipada y decidida tropa; Arias, Garnica y Ronda, con los rancheros de Zacapu y de Coeneo, veteranos en las guerras de Liber-

(1) El portal expresado.

tad; los batallones del indomable Villanueva, del audaz Méndez Olivares, del pundonoroso y sufrido Espinosa, actual Tesorero General de la Nación; de Leonides Gaona, tipo de la lealtad y la constancia, y de tantos otros, cuyos nombres sería cansado mencionar.

Desde luego se supo en la ciudad que el General en Jefe disponía verificar una gran parada, á fin de conocer el efectivo de las tropas y sus elementos de guerra, y que sería aprovechado aquel acto para entregar el estandarte al regimiento "Lanceros de la Libertad." Temíase que la solemnidad no tuviera todo el brillo correspondiente, porque en aquel año las lluvias fueron abundantísimas y tenaces, produciendo inundaciones en muchas comarcas del país. En Octubre aun cubrían el cielo negras y pesadas nubes, y en la tierra, una luz difusa entristecía el ánimo de los hombres y daba tintes siniestros á la vegetación.

Pero amaneció el día cinco, fijado para la ceremonia, y hubo entonces un sol esplendoroso, brillando en el Oriente; el aire húmedo y limpio se mecía en imperceptible brisa que suspiraba entre el follaje. A lo lejos se oían el redoble de los tambores y el metálico son de los clarines. Los batallones y escuadrones se dirigieron al espacioso llano que se dilata al Oriente de la población: allí formaron la extensa línea de batalla. A poco el General en Jefe, acompañado del Cuartel Maestre, Carlos Salazar, del General Riva Palacio, y de los Estados Mayores, llegó al campamento, y fué saludado con los acordes del Himno Nacional.

Entonces se oyó la voz de Salazar, mandando la parada: las fuerzas abrieron sus filas, y se pasó revista. Después, el General Arteaga entregó al Coronel Ronda el estandarte destinado á su regimiento; las tropas presentaron las armas ante el símbolo del honor, que es para el soldado la representación de la patria. Durante la protesta se oían las notas solem-

nes de las bandas militares que en seguida sonaron dianas en medio de los vivas de tres mil espectadores.

Concluido el acto, la tropa desfiló á acuartelarse: los jefes se encaminaron á una de las más hermosas casas de campo de la ciudad, mansión llena de poesía que más tarde recibió el melancólico nombre de *Cineraria*. Allí iba á verificarse un banquete que la Municipalidad ofrecía á los caudillos republicanos; el Ayuntamiento nombró para que lo representasen á dos de los munícipes, á Aristeo Mercado, que en esta hora me escucha, y á Manuel Ocaranza, cuya temprana muerte deploramos.

¡Cuántos arranques de patriotismo escuchamos aquel día en los brindis de Riva Palacio, de Salazar, de..... todos! Se celebraban allí las hazañas de los compañeros de glorias é infortunios que quedaron en los campos del combate. En la mesa, los rostros de los convidados revelaban un enternecimiento marcial. De repente, la orquesta de Paracho, esa dulcísima y gemebunda música de los *purépecha*, nos dejó oír una triste canción entonada en tarasco. Era su himno á la pérdida de Puebla, el recuerdo de aquel día en que muchos defensores de la plaza quedaron sepultados entre los escombros producidos por la artillería francesa, en que otros perecieron al rigor de las armas y los demás partieron á remotas tierras en duro cautiverio; y el cantar concluía "y no hemos de lamentar la pérdida de aquella ciudad heroica? y no hemos de llorar á aquellos hombres que juraron de corazón defendernos?"

Las lágrimas corrían por las mejillas de todos, al vibrar de las endechas que parecían sollozos.

Aun duraban los ecos de aquel cantar sentido, cuando vimos á Arteaga en pié, en la mano la copa, en los ojos un destello del sol de libertad.

Y oímos brotar de los labios del héroe estas palabras: "*Señores, por la gloria del cadalso!*"

Todos nos inclinamos ante aquella mirada, y sobrecojidos de emoción escuchamos aquella voz profética.

¡Sublime era la actitud del caudillo, saludando á la muerte y ofreciéndose en holocausto por la patria!

Tres días después, ocupado el General en Jefe en la reorganización del ejército, llegaron á todo escape unos exploradores, avisando que Méndez, el paladín del Imperio, con una brigada de dos mil hombres, había salido de Pátzcuaro y se dirigía á esta ciudad. El General Arteaga citó una junta de guerra, en la que solamente Riva Palacio opinó por esperar al enemigo y presentarle batalla. Los demás jefes juzgaron preciso retirarse ante un adversario, si menor en número, superior en elementos de guerra y en disciplina. Entonces el General en Jefe dispuso que se fraccionase la fuerza en tres secciones: una de novecientos hombres, al mando de Riva Palacio, recibió orden de amagar las plazas de Pátzcuaro y de Morelia, con el fin de atraer sobre sí á las tropas de Méndez, en tanto que Arteaga, con mil doscientos soldados, y Zepeda con quinientos, penetrarían por dos distintos rumbos en el Estado de Jalisco para insurreccionarlo de nuevo.

Serían las tres de la tarde cuando las columnas emprendieron su marcha; la primera en dirección á Paracho, la segunda por el camino de Tancítaro y la tercera rumbo á Parangaricutiro. En aquella hora se entoldó el cielo: la naturaleza parece luego presentir el desastre y se produce una misteriosa simpatía que liga los seres con las cosas, tomando parte el Universo en las acciones humanas.

Como si los elementos quisieran formar un contraste sublime, el día de la gran parada el espacio se llenó de luz, con profusión de armonías y de colores que lo animaban todo; en cambio, el día inicial de la catástrofe se cubrió con tupidos velos, los árboles y las yerbas tomaron tintes sombríos, y oscuros nubarrones rodaban con estrépito, intermitentemente iluminados por el relámpago.

La ciudad estaba silenciosa, pero de pronto oyóse tropel de caballos. La descubierta de imperialistas

entraba á galope tendido, y se dirigía al camino de Tancítaro, por donde iba el General Arteaga. Al llegar á los suburbios se mezclaron la lumbre del rayo y el ronco rugido de los truenos, con los disparos de los mosquetes y los juramentos de los hombres. En medio de la pelea, Salazar, arrogante en su caballo tordillo, lanzaba vivas á la República, é hizo por fin retroceder á los guerrilleros de la columna imperialista.

Si se hubiese seguido la inspiración de Riva Palacio, nuestros soldados habrían vencido fácilmente en aquel día á los traidores. La tremenda tempestad que se desencadenó á la hora de la retirada de los republicanos se prolongó toda la tarde: los cuerpos de la brigada del coronel Méndez se dispersaron en el llano, perdiéndose en el camino en medio de espantosa obscuridad, y mucho fué que la pericia militar de aquel jefe hubiera logrado reunir sus dispersas tropas en el curso de la noche. Pero el destino, más negro todavía que las tinieblas del ciclón, había decidido una suerte contraria.

Méndez, ya muy entrado el día siguiente, emprendió la persecución contra el General Arteaga, fingiendo, por de pronto, seguir á Zepeda. En Tancítaro volvieron á tirótearse las guerrillas de Méndez y de Arteaga. El jefe imperialista dió un corto descanso á su tropa en aquella población. Entre tanto Arteaga apresuró su retirada, dejándola cubierta con la pequeña fuerza que mandaba Solano y con los exploradores de Tapia. No quiero recordar cómo después Solano, presa de la desesperación y avergonzado por su ineptitud, vagó solitario por los montes hasta que vino la muerte á darle el único consuelo que deseaba, ni cómo Tapia, acosado tal vez por los remordimientos, huyó á países desconocidos á consumir el precio de su traición.

El trece de Octubre, á las once de la mañana, llegó la División de Arteaga al pueblo de Santa Ana Amatlán, situado en la Tierra Caliente. Los solda-

dos habían caminado de noche, sin rancho, sin tiempo para restaurar sus fuerzas. Ni se acuartelaron tampoco, sino que pusieron sus fusiles en pabellón y rendidos de cansancio, cayeron en profundo sueño. Los jefes hacían lo mismo en las habitaciones en que se habían alojado.

Aun no trascurría una hora cuando los vecinos de Amatlán oyeron un sordo rumor, como el de la tempestad que se avecina: á intervalos, en medio de aquel ruido, se elevaban voces ininteligibles, extrañas. Luego, más claro, gritos de *viva el Imperio!* se escucharon en las calles, y se vió una verdadera avalancha de ginetes precipitarse sobre el campamento. No había habido tiempo de tocar generala.

El primero de nuestros jefes que comprendió la sorpresa fué el Coronel Villada, quien inmediatamente se dirigió á incorporarse á su batallón; en el tránsito se vió rodeado de los exploradores de Méndez, y estuvo en peligro su existencia, hasta que uno de los oficiales de la columna enemiga lo hizo prisionero. El General Arteaga y sus ayudantes fueron aprehendidos en su alojamiento. Por todas partes aparecían los ginetes de la guerrilla de Méndez, conduciendo presos á nuestros oficiales. Nuestros soldados se dispersaron en distintas direcciones, ocultándose entre la tupida maleza del campo. Apenas los traidores pudieron apoderarse de ochenta, á quienes el cansancio ó las enfermedades impidieron la fuga. Pocos instantes después, el grueso de la columna, con Méndez á la cabeza, hacía su entrada en el pueblo, cuando ya no tenía enemigo que combatir.

Sólo dos hombres luchaban como leones, guarecidos en una casa y acorralados por más de cincuenta adversarios. Primero dispararon los fusiles de sus asistentes, después hicieron uso de sus pistolas, y cuando el parque estuvo agotado, lanzaban contra los asaltantes toda clase de objetos. Uno de aquellos hombres admirables, el que parecía de mayor graduación, mandó prender fuego á la casa para mo-

rir entre las llamas, mas bien que caer prisioneros. Se ejecutaba ya la orden. En aquel momento un ayudante de Arteaga, conducido por una escolta del Imperio, comunicó á aquellos luchadores sublimes que el General en jefe les ordenaba rendirse. Entonces Salazar, y su amigo y subalterno Jesús Ocampo, que acababa de ser herido gravemente, salieron de la improvisada fortaleza y se entregaron al enemigo.

Todo había terminado. En la tarde, ya en sus cuarteles los imperialistas, estando los prisioneros en medio de numerosos centinelas y las familias de Amatlán presa aún del espanto y de la tribulación, la música militar de Méndez hizo alarde de tocar los cantos patrióticos de los republicanos, y profanaba el Himno Nacional.

Entre Santa Ana Amatlán y Uruapan hay menos de veinticuatro leguas. Cualquiera tropa puede forzar el camino en dos días. Méndez, empero, dispuso verificar una larga carrera triunfal para exhibir á sus prisioneros. Se dirigió hacia el Sur, rumbo á Apatzingán, atravesando aquellas pampas de fuego: retrocedió en seguida, tomando la dirección del Norte, por lo más áspero de nuestras elevadas cordilleras, y se encaminó por fin á esta ciudad, haciendo siete fatigosas jornadas, en que los prisioneros, muchos de ellos heridos, y á pie, y hambrientos, y acosados por la sed, habían traspuesto más de sesenta leguas. Los habitantes de Uruapan, encerrándose en el interior de sus casas, oyeron en las últimas horas de la tarde del día veinte la entrada de la columna imperialista que conducía la fúnebre procesión de los destinados al suplicio.

Acabaron de alojarse las tropas. Méndez dió orden de que los generales Arteaga y Salazar, y los coroneles Villada, Díaz y Villagómez fueran puestos en capilla.

¿A qué debemos la fortuna de que al menos uno de aquellos hombres condenados á la muerte por el

odio implacable de Méndez, viva aún y preste todavía sus importantes servicios al país? El General Villada se distinguió siempre en el curso de aquella guerra por su generosidad con los vencidos. Debíanle la vida muchos de los oficiales que militaban á las órdenes de Méndez. Por esto en esa vez, la oficialidad toda de aquella columna del Imperio exigió que no se llevase á cabo, respecto de Villada, lo sentencia de muerte. Alguien dijo en aquel momento que debía sustituir al joven coronel, el capitán Juan González. Lo señaló como víctima suya el fanatismo; porque siendo González sacerdote católico andaba cometiendo el execrable crimen de defender á su patria.

Aquí, Señores, mis recuerdos se multiplican, y sin embargo no debo fatigaros con episodios y detalles difusos. Basta lo expuesto para ver cómo quedó preparada la catástrofe, tantos días antes prevista. ¡Suceso deplorable que colmó de dolor á todos los patriotas y que nunca olvidará la Nación!

Uruapan estaba profundamente silenciosa, adivinándose que en cada hogar había corazones oprimidos y ojos que derramaban lágrimas.

Tristes y fugaces pasaban las horas en aquella lóbrega noche, oyéndose el pausado sonar de la campana del reloj. Los encapillados pensaban en su familia, y escribieron aquellas cartas sublimes que conoce la Historia. Serenos é imperturbables devoraban en silencio esa agonía sin estertor y sin consuelo de los que van á morir en el patíbulo.

Amaneció el día veintiuno. Las plazas y las calles estaban desiertas. La desaparición de los habitantes fué una muda, pero solemne protesta del pueblo contra los asesinos.

De repente el redoble de los tambores y el sonido del clarín, anunciaron que llegaba el momento. Las tropas ocuparon esta plaza: oficiales y soldados vestían sus trajes de gala. Los jefes de los cuerpos hacían caracolear sus caballos.

Aparecieron dos escoltas, una fué á fijar el primer ejemplar que aquí se vió de la famosa ley de 3 de Octubre, la otra se dirigió á aquella casa (1) á sacar á los reos de la capilla.

Entretanto se formaba el cuadro. Muchos de los soldados del Imperio habían servido en otro tiempo á las órdenes de Arteaga y Salazar en el ejército liberal, y no podían contener los sollozos en aquellos instantes.

Salieron los prisioneros. Arteaga con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente. No pudiendo andar á causa de sus heridas, se apoyaba en el brazo de Salazar, que se erguía altivo, espaciando la mirada, llena de desprecio, sobre la tropa de Méndez; Díaz, inclinada la cabeza, como la llevó toda su vida, no perdió su calma habitual; Villagómez con la gallardía de su elegante apostura, y González humilde como siempre.

Al llegar á aquel sitio, que desde aquí podemos mirar, (2) los héroes ocuparon su último puesto. Ninguno estaba vendado ni palidecía su rostro, que iluminaba la luz del martirio, esa brillante claridad de la gloria.

Salazar estendió el brazo derecho. Iba á hablar, pero el oficial encargado de la ejecución mandó dar los toques de ordenanza á todas las bandas.....los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron..... Salazar con voz de trueno y llevando la mano al corazón, apenas tuvo tiempo de exclamar: "¡Aquí, traidores!"

Una descarga anunció á Uruapan y el eco á la nación entera que el crimen estaba consumado.

La columna, al pasar por el sitio del asesinato, tuvo la inaudita crueldad de hacer desfilar á los prisioneros ante los cadáveres ensangrentados y todavía palpitantes.

(1) Situada en el portal "Rafael Carrillo."

(2) En la espalda del portal "Morelos."

Méndez emprendió en seguida el camino de Morelia; allí recibió el despacho de General efectivo de brigada, en premio de los servicios que acababa de prestar al Imperio. Así fué como Maximiliano se hizo cómplice de los asesinatos de Uruapan.

En la antigüedad, en actos semejantes al que hoy nos reúne en este lugar, los ciudadanos iban depositando piedras para formar un túmulo, y en torno de él los guerreros se agrupaban con la espada en la mano y el juramento de venganza en los labios. Nosotros venimos á depositar en esta ara la ofrenda de nuestros pensamientos, y á decir á los manes de las víctimas que hemos concedido el perdón á los verdugos, y hasta los hemos llamado á compartir los frutos de la victoria: sin miedo, porque tenemos fe en los principios; sin humillarlos, porque la Patria es grande y generosa. Estamos aquí para honrar la memoria de hombres ilustres que nos pertenecen, y si les erijimos monumentos, no es en odio de nuestros enemigos, sino como enseñanza de patriotismo á nuestros pósteros, y para que se sepa siempre que la Nación no olvida á sus hijos que murieron por darle libertad é independencia.

México está en pié, altiva y serena, por haberse hecho respetar de Francia, la invasora de tantas naciones, y por haber humillado al fanatismo, el tirano de todos los tiempos.

El ejemplo de los mártires de Uruapan será siempre la estrella que nos guíe en el camino del progreso; y el fulgor de aquel astro alumbrará también la ruta á los patriotas del futuro.

ALBUM

DE

URUAPAN

ABIERTO

EL 21 DE OCTUBRE DE 1893.



El Gobernador de Michoacán

DEDICA ESTE ALBUM

Á LA

CIUDAD DE URUAPAN.